



**T**ODAVIA ayer, en cuanto el Papa abría la boca, todos, desde el cardenal hasta el último monaguillo, inclinaba su cabeza. «Roma locuta, causa finita» —afirmaba la fórmula irrevocable—. «Habló Roma, ya no hay discusión». Pero hoy, cuando la Santa Sede habla, es precisamente cuando se abre el debate y se levanta la contestación desde los cuatro puntos cardinales de la catolicidad. Se ha visto, hace un año, cómo los guardias pontificios expulsaban de la capilla de San Pedro de Roma a manifestantes que protestaban de la recepción del Presidente Nixon en el Vaticano leyendo la epístola de Santiago contra los ricos. Se ha visto, durante la consagración del cardenal Daniélou, obispo in partibus de Taormina, caer una lluvia de octavillas sobre la concurrencia: «¿De quién eres obispo tú? ¿Y escogido por quién? ¿Qué pueblo te ha elegido?». Se ha visto a centenares de fieles abandonar la catedral de Washington en medio de la misa en que el cardenal O'Bayle les recordaba que su deber de obediencia al Papa exigía la sumisión a la encíclica «Humanae Vitae».

A propósito de encíclicas, muchos sacerdotes, apoyándose en el hecho de que la palabra proviene del griego *egkuklos* (que significa «circular»), se preguntan por qué tales documentos tengan que partir siempre de arriba y no alguna vez desde la base de la Iglesia. Y si bien todavía no se halla implantado, parece inminente la nueva costumbre de dirigir cartas abiertas al Papa o mensajes colectivos al episcopado. Por su parte, el episcopado bulle también. Un Cardenal belga pone en tela de juicio el centralismo de la curia romana, cierto arzobispo libanés compara a la Congregación vaticana para las Iglesias Orientales con un «ministerio de colonias». Y en la misma línea se pronuncian obispos dimisionarios y superiores generales de congregaciones religiosas.

Tampoco los teólogos van a la zaga. Aunque por lo general levantan menos estrépito sensacionalista, van a la cabeza del movimiento contestatario. El Papa ha reconvenido a algunos de ellos que «se arrogan la facultad de anunciar opiniones que les son propias, opiniones a las que confieren la misma autoridad que niegan a aquel que, por derecho divino, posee ese formidable carisma tan celosamente custodiado».

Ya ni se lleva cuenta, a la vista de su número, de los sacerdo-

tan absoluta obediencia, jamás ha religiosos que cuelgan sus hábitos. Ni se presentan, más que muy esporádicamente, aquellas estadísticas de jóvenes ingresados en seminarios o conventos; tan raras y escasas se han vuelto hoy las vocaciones de antaño.

**Rígidos como cadáveres,  
flexibles como mimbres**

# Los Jesuitas

## en la hora de la contestación

*La Iglesia tiene fiebre.*

*Su temperatura se eleva de día en día.*

*Basta, para convencerse de ello,*

*con echar una ojeada a las portadas de las revistas o a los títulos que abarrotan los escaparates de las librerías. Hablan de «Tempestad en la Iglesia», de «Una Iglesia en pecado mortal», de «La muerte de la Iglesia», o de «La descomposición del catolicismo».*

*La crisis ha venido a ser una auténtica mina para las casas editoriales y constituye, hoy, el pan nuestro de cada día en toda la prensa occidental.*

Pablo VI se resiente dolorosamente ante este drama. Se ha dicho que su angustia es grande. El mismo ha denunciado «tendencias cismáticas», ha llegado a hablar de «autodestrucción». Cada vez que aparece en la pequeña pantalla, puede adivinarse ansioso, hundido, abrumado por la angustia de no poseer nada más que dos brazos que elevar al cielo. «Desde lo alto de la mística barca de la Iglesia —ha dicho—, sentimos la tempestad que a Nos envuelve y asalta».

Cuando una embarcación se ve en peligro o cuando una casa arde, las miradas se vuelven hacia los salvadores o los bomberos. Así, en la tempestad que sacude hoy al catolicismo, a poco iniciado que se esté en historia eclesiológica, irresistiblemente se piensa en los jesuitas. Se recuerda la formidable crisis que hizo tambalearse a la Iglesia en el siglo XVI y el papel capital que jugaron los hijos de San Ignacio saltando como un solo hombre al campo de batalla. Se traen, o acuden, a la memoria los combates que ellos han librado —con medios que la leyenda, ocasionalmente de acuerdo con la realidad, pretende que fueron más de una vez discutibles— por la mayor gloria de Dios y la defensa del papado. Todo el mundo sabe que los jesuitas profesos añaden, a los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, uno especial de obediencia al Papa, voto que les pone a la absoluta y total disposición de la Santa Sede; que su general, que tiene instalado su estado mayor en el Borgo Santo-Spirito, a doscientos metros de las habitaciones papales, es comúnmente denominado el papa negro; que los treinta mil jesuitas sobre los que ejerce su autoridad tienen fama de ser rígidos como cadáveres y flexibles como mimbres, en la acción. Se dice que tal flexibilidad junto a

Por JEAN EGEN

## Una pésima fama

La administración divina es menos minuciosa que la nuestra, no exige un encasillamiento judicial para los candidatos a la bienaventuranza, y así, la mala repu-

tes que se secularizan o de los de hallar mejor empleo que en una Iglesia constreñida a mantener su autoridad sin cerrarse a la contestación.

Cabe, pues, preguntarse: ¿Qué hace hoy, 1970, la Compañía de Jesús? Para tratar de penetrar en el porvenir, nada más útil que volverse hacia el pasado.

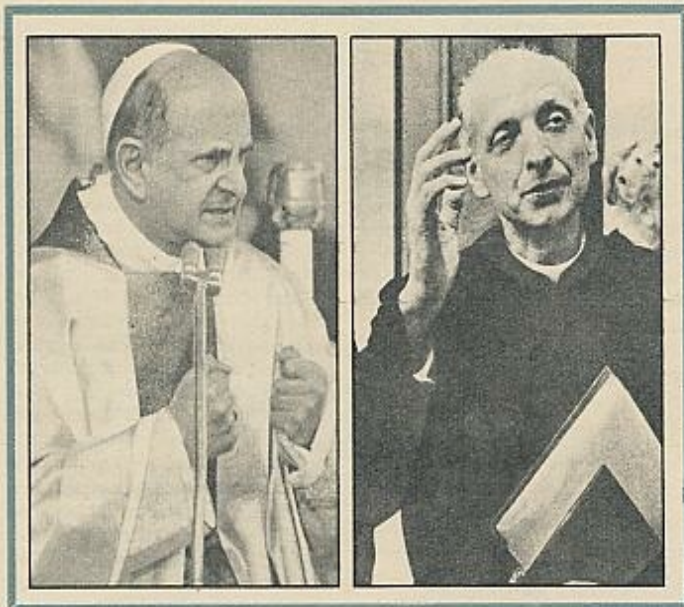
La historia de San Ignacio de Loyola demuestra que no debe juzgarse a un hombre por sus antecedentes. Porque estre esos antecedentes y su misión histórica, se interpone la Providencia. En nuestro caso, esa Providencia fue una bala de cañón disparada sobre Pamplona, el 21 de mayo de 1521, por las tropas francesas del conde de Foix.

El pendenciero y violento capitán Íñigo de Loyola se retira a su casa solariega de Loyola. Ya no tiene absolutamente nada que matar, excepto el tiempo. Y se pone a leer. Primero, libros de caballerías. Más tarde, vidas de santos. La lectura estimula su reflexión. Y esta reflexión, iluminada por la Gracia, tendrá como consecuencia un pequeño libro: los «Ejercicios espirituales», el más eficaz manual de acción que la Iglesia haya jamás poseído.

Veamos ahora en qué contexto histórico está actuando esa extraña Providencia que ha elegido al capitán Íñigo de Loyola. Mientras él lucha en Pamplona, Martín Lutero arroja a las llamas la bula que le excomulgaba. El fuego, simbólicamente avivado por el gesto, se extiende a toda Alemania y hace triunfar el protestantismo. Pocos años más tarde, Enrique VIII de Inglaterra, encontrando que la tez de Ana Bolena es más fresca y agradable que la de la reina en ejercicio, intenta el divorcio. Fulminante excomunión. Y el real Barba-Azul, que se proclama único y supremo jefe de la Iglesia británica.

Un papa en Wittenberg, otro en Londres y Calvino, el futuro papa de Ginebra, que siente alborar su vocación... Ya es hora de acudir en auxilio del pontificado romano.

He aquí por qué la bala que provocó la conversión de Íñigo, lanzándolo a la aventura espiritual, pueda figurar en la lista de las pequeñas cosas que tuvieron grandes efectos históricos, con el mismo título que la nariz de Cleopatra o el cálculo que obtuvo el riñón de Oliver Cromwell. Porque, sin la acción de Ignacio de Loyola y de la Compañía de Jesús, es muy probable que la Reforma hubiera anegado a toda la catolicidad.



Napoleón: «Dondequiera que se admita a los jesuitas, necesitarán llegar al poder a cualquier precio. Su sociedad es dominante por naturaleza y, consecuentemente, irreconcilable enemiga de todo poder». Michelet pretende que los jesuitas «no son hombres, sino máquinas»; Edgar Quinet les denuncia como los «fariseos del cristianismo». En fin, el «Petit Larousse» viene a ratificar todo

sividad de un agente provocador (Spitzfindig). En holandés, un *jezuïetenstreek* es una especie de bribón (J. Koenen y J. Endepeois, «Handwoordenboek»).

Mientras tanto, desde el banco de la defensa se eleva un poderoso clamor: «¿Qué es lo que yo he visto durante los siete años que he vivido entre jesuitas? La vida más laboriosa, la más frugal, la más reglamentada; todas las horas distribuidas entre los cuidados en que nos envolvían y los ejercicios de su austera profesión... Me atrevo a decirlo: no existe nada tan contradictorio, tan insolito, tan vergonzoso, como acusar de relajación moral a los hombres que llevan en Europa la vida más dura y que marchan a buscar la muerte en los confines de Asia y América...». Cuando se sepa que tan vehemente abogado no es otro que Voltaire, estaremos conformes en admitir que el asunto requiere algo más de información.

## Rehacerle el alma al catolicismo

Así es como los jesuitas, a lo largo de su historia, han inspirado, paralelamente, el entusiasmo y la aversión más profundos. Y, para acabar de embrollarlo todo, ha tenido que ser un místico de la calidad de Pascal quien les ha atacado, mientras un impío como Voltaire les defendía. La inmensa mayoría de los mortales no sabe si los jesuitas pertenecen a una congregación religiosa o a una secta secreta, como tampoco si son movidos por el fanatismo o por la ambición. Lo que ha inspirado su leyenda ha sido la circunstancia de que ellos hayan hecho intervenir, alguna vez, en su impulso motriz, los demonios de la voluntad de poder y del disimulo.

Cuando, a mediados del siglo XVI, los jesuitas entran en acción, la Reforma divide Europa, amenazando sumergirla totalmente. Triunfa ya en Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Países Bajos; a menaza a Alemania, Polonia, Hungría, Suiza... y si parece perdonar a España es porque la Santa Inquisición en el combate preventivamente por medio del potro, los garfios y el plomo derretido.

Ignacio organiza la contraofensiva. Gracias a él, el Papa podrá disponer inmediatamente de una tropa móvil, cuyos soldados no tienen necesidad de ser parachu-

tación de Ignacio no le impidió llegar a la santidad. Como contrapartida, el ideal de santidad que inspira a los jesuitas tampoco les ha preservado de la más detestable reputación.

En 1594, el Parlamento de París inicia el proceso contra la Compañía: «Declaramos a los padres de la Compañía de Jesús, corruptores de la juventud, perturbadores de la paz pública, enemigos del Estado y de la corona de Francia». De siglo en siglo, desfilará un interminable cortejo de testigos de cargo. Así, D'Alambert: «No existe figura de delito que esta raza de hombres no haya cometido. Y yo añado que no hay ninguna especie de doctrina perversa que no hayan enseñado». Y

lo depuesto por los testigos de la acusación, asignando a la palabra «jesuita», aparte de su sentido literal, otro, peyorativo, que ha merecido entrar a formar parte del repertorio de injurias al uso dentro de la buena sociedad. ¿Qué es lo que se lee, efectivamente, en el célebre diccionario? Jesuita: «miembro de la Compañía de Jesús». Como denigr., «persona astuta, hipócrita». Las otras lenguas no van a ser menos. En inglés, la segunda acepción de la palabra jesuita es «astuto» o «prevaricador» (Collins, «New English Dictionary»). En alemán, si hemos de creer al «Karl Peltzers Handbuch», el adjetivo *jesuitisch* evoca lo mismo la sinuosidad de la anguila (*Aalglatt*) que la agre-

tados por los ángeles para des-parramarse por toda la zona de combate. Unos recuperarán las almas mediante el catecismo y la predicación. Otros dan los «Ejercicios», que hacen maravillas y llenan de novicios las casas de la Compañía. Por fin, otros, más diplomáticos, se dirigen hacia los grandes, «acercándose por detrás de las orejas reales». El rey dirige los asuntos del reino, el jesuita la conciencia del rey, luego el jesuita... Recuérdese el juego de palabras que recorrió París cuando el reverendo padre Coton fue nombrado confesor de Enrique IV: «El rey tiene Cotón (algodón) en las orejas». Pero hace falta también preparar el porvenir. Se abren escuelas donde se forjarán las nuevas minorías, los ministros, los diplomáticos, los oficiales y escritores del futuro.

Así es como se frenó la Reforma. Y no será en absoluto inútil subrayar el carácter constructivo de los medios empleados. Nada, por el momento, que sea polémico o negativo. La afirmación, tan frecuentemente repetida, de que «la Compañía de Jesús fue fundada para extirpar la herejía» es inexacta. La voluntad de Ignacio iba más lejos, trataba de reconstruir el alma del catolicismo, volver a fabricar nuevos músculos para la Iglesia, regenerando su sustancia y estructura. No menos absurda es la fórmula popular que asocia «los jesuitas y la Inquisición». La verdad es que se mantuvieron siempre al margen de ella, salvo en un sentido: Ignacio conoció sus métodos y prisiones durante los primeros meses de conversión. Añadamos que es de justicia reconocerle a un jesuita del siglo XVI, San Pedro Canisio, la paternidad de la expresión «nuestros hermanos separados», con la que los católicos ganados para el ecumenismo designan hoy a sus hermanos protestantes.

Hacia la misma época, la vieja Europa ve cuartearse sus estructuras. Comienzan las grandes expediciones marítimas. «El azul fosforescente de los mares del trópico» encandila una vez más el sueño de los conquistadores, que ya los jesuitas habían ganado para el catolicismo, y se abren por su medio nuevas rutas para las Indias de Asia y América. El apostolado misionero viene a ser el objetivo principal de la Compañía de Jesús.

San Francisco de Javier parte a la cabeza. De Lisboa hasta el Japón, pasando por las Indias, atra-



Sobre la puerta de la Iglesia del castillo, en Wittenberg, 31 de octubre de 1517, Lutero clava sus 95 tesis contra la venta de indulgencias. (Grabado de la época.)

vesará el firmamento de las misiones como un meteoro, dejando tras de sí una estela de luz y de caridad. Convierte en masa, bautizando sin respiro. «Tengo muchas veces los brazos fatigados», escribiría. Según las estadísticas de la época, habría bautizado a más de setenta mil idólatras. Es, sin duda alguna, una de las más hermosas figuras de la Compañía.

### La primera república popular

Saltemos un siglo y cambiemos de continente. Nos vemos en una extraña ciudad cuyas calles han sido alineadas a cordel. Las casas forman cuadros regulares, bordeados de huertos. En el centro, la escuela, la biblioteca, los talleres, las tiendas, la farmacia, el hospital y... la prisión. El burgo se abre por cuatro puertas hacia los campos. Vastos campos rectangulares donde el trigo alterna con el maíz, y los guisantes con las judías. La casa y el huerto corresponden a cada cual. Los campos de cultivo, colectivamente explotados, constituyen la propiedad de todos. Los rusos, creyendo haber inventado esta realidad, la denominan «koljos».

Pero, ¿qué es lo que los jesuitas tienen que ver con este «koljos»? Ellos lo administran. El jefe es un jesuita, como lo son también los miembros de la administración, el maestro de la escuela, el juez, el médico. En cuando a los «koljosianos», éstos son indios guaraníes. Nos encontramos en el siglo XVII, en el seno de uno de estos curiosos estados que

cierto teórico socialista llama «la república cristiana comunista de Paraguay», y el «koljos» lleva el nombre de «reducción». La magnífica iglesia que se yergue en el centro de la población basta, por otra parte, para disipar cualquier duda. ¿Cómo se vive en estas reducciones? Casi podríamos decir que musicalmente. Por la mañana, las campanas llaman a la población para la misa. Se entonan cánticos. Concluido el servicio litúrgico, un orfeón conduce a los trabajadores al campo. Se labra, se siembra y se recolecta a base de música. Por la tarde se vuelve cantando al poblado para asistir al catecismo y al rosario. De esta manera, los indios llevan una existencia agradable, libre de angustias y cuidados. Los trabajadores no reciben dinero, pero la comunidad les provee de vivienda y bienes de consumo. Los enfermos, los ancianos, las viudas y los huérfanos son mantenidos por la comunidad. Hace más de tres siglos que los jesuitas inventaron la seguridad social.

Pero he aquí que una república fundada sobre los derechos naturales de los guaraníes tenía que ser una provocación para los colonos esclavistas que ejercían el tráfico de carne india, su mercancía más apetecida y rentable. Tan hábilmente supieron hacer las cosas, que el rey de España mandó a los jesuitas hacer las maletas y partir de allá. La tropa ocupó las reducciones, y los indios que no se dejaron matar huyeron a los bosques.

No todo el mundo comparte hoy la admiración de Voltaire por los jesuitas del Paraguay. Se les acusa de paternalistas, de imponer su cultura a los guaraníes, sin sospechar siquiera la existencia

de una civilización indígena. Lo cual no deja de ser verdad, pero ni la sociología, ni la etnografía ni el marxismo-leninismo podían entonces serles conocidos. Se les reprocha el haber tratado a los indios como a niños irresponsables, descuidando la formación de cuadros indígenas para evitar que, a su marcha, toda la obra se desplomara. Y es también una triste verdad. Pero no menos cierto es el hecho de que, si algo de aquella cultura ha prevailecido, es justamente en la medida en que ellos, los jesuitas, lograron defender por más de ciento cincuenta años al pueblo, preservándolo de la odiosa ambición de los colonizadores. No deja de ser significativo a este respecto el hecho de que el Paraguay sea el único Estado de América que reconoce oficialmente hoy, junto al castellano, una lengua indígena: el guaraní.

### Todo, según las necesidades del apostolado

Los asombrosos éxitos de los jesuitas se explican tanto por la flexibilidad como por la diversidad de sus métodos, siempre perfectamente adaptados a lugares, personas y circunstancias.

Cuando, en los albores del siglo XVII, el padre De Nobili desembarca en la India meridional, se encuentra con que todos los cristianos allí existentes pertenecen a castas inferiores. Las barreras que separan entre sí a las diversas castas constituyen un obstáculo prácticamente invencible para la difusión del Evangelio. Entonces decide poner, como suele decirse, el carro delante del caballo y, dejando que sus hermanos conquisten las almas de los parias, se lanza a la caza de las castas superiores. Se rapa la cabeza, se pintarrajea la frente, se cuelga largas trenzas de las orejas y se enfunda en una túnica de muselina roja. Una vez demostrado así que el hábito hace al brahman, se retira a una choza, donde vivirá solitariamente a base de plegaria y agua fresca.

Los brahmanes, intrigados, acuden a verle. El se presenta: «Tatuvá-Podapar-Swami, brahman romano», es decir, «maestro en las noventa y seis perfecciones de la verdadera sabiduría». Pronto fraternizan y, pocos años más tarde, el padre De Nobili abre una es-

# Los Jesuitas

cuela y comienza la evangelización de los brahmanes. De rebote, convierte a muchos miembros de las castas inferiores a los que la conversión de las élites ha impresionado favorablemente.

En China, el padre Ricci lleva un reloj para el emperador. Maravillado ante esta «campana que suena por sí sola», el emperador recibe al jesuita en la corte. De la mano de las matemáticas, la cartografía, la técnica relojera, el cristianismo asienta sus pies en Pekín. Penetra en el Tibet con el padre Antonio de Andrade, que, sin más cordada que su rosario, franquea el Himalaya a más de 5.000 metros de altitud.

Brahmanes, alpinistas, mandarines o yoguis, a tenor de una inspiración siempre regida por las necesidades del apostolado, los jesuitas son tan ilustres en las ciencias como en las artes. Y muchos de ellos despliegan aún ahora un ingenio que les ha valido las mejores recompensas en los concursos de pequeños inventores. Cuando no ocupan el sillón presidencial del «Tribunal de las Matemáticas de China», estudian la topografía de la Luna, descubren nuevos satélites de Saturno, inventan la linterna mágica y el tubo acústico, elevan un globo mucho antes que Montgolfier, introducen en Europa los secretos de fabricación de la porcelana, el paraguas, la quina, la vainilla y la camelia.

En Occidente, los jesuitas son los predicadores por antonomasia, los teólogos o consejeros de los reyes. Como pedagogos, forman hombres de la talla de Corneille, Molière, Colbert, Condé, Turgot, Foch, Lyautey o Saint-Exupéry, cuyas narraciones han conservado el colegio de Mans. La diplomacia, para la que están abundantemente dotados, les dio siempre ocasión de ejercitar su talento, como lo demuestra el caso del padre Possevino, ejemplo para todos los especialistas en negociaciones internacionales. Cualquier otro que no fuese este extraordinario jesuita, que tuvo que encargarse de establecer la paz entre Rusia y Polonia, hubiera sentido helársele la sangre al penetrar en los palacios de Iván el Terrible. Sentado en su fulgurante trono, la cabeza coronada de oro y brillantes y el cetro en la mano, el zar omnipotente brilla como una constelación, y su mirada se clava en el insignificante frailecillo que avanza hacia él. Pero los poderosos son familiares para el jesuita. El es amigo

del Papa, juega al «tric-trac» con el emperador de Austria y comparte con el rey de Polonia sus platos favoritos. Se presenta ante el zar de todas las Rusias con una seguridad tan grande, que el terrible Iván, sin duda impresionado, se apea del trono para escuchar de pie la altiva alocución. Las negociaciones, sin embargo, no llegan a una conclusión. Los rusos discuten con una lentitud exasperante, son capaces de escindir un cabello en cuatro, de pleitear hasta el infinito. Cada vez que se les plantea una cuestión para ellos inesperada, se levantan para ir a consultarla con su zar. Vuelven al cabo de varias horas, con rollos de un metro de largo y, tras de haber implorado a la Santísima Trinidad y reivindicado los títulos del zar, leen una declaración que no es más que un *niet* sobreabundantemente glosado.

Cuando el padre Possevino comprende que tales bizantinismos son una táctica destinada a cansarle, cambia sus baterías. En

adelante responde a los interminables comentarios a base de inagotables desarrollos retóricos y, si los temas de Iván remachan por activa y por pasiva las dignidades del zar, la enumeración de los títulos del Papa permiten al jesuita alimentar, no menos sólidamente, la conversación. Como puede suponerse, fueron los rusos los que acabaron perdiendo la paciencia. Insisten ahora en que el asunto se concluya lo más rápidamente posible, y de la noche a la mañana el jesuita logra prácticamente todo cuanto se había propuesto, más un barril de vino que el zar hizo cargar sobre el trineo que debía conducirle a Polonia.

## Mística y política

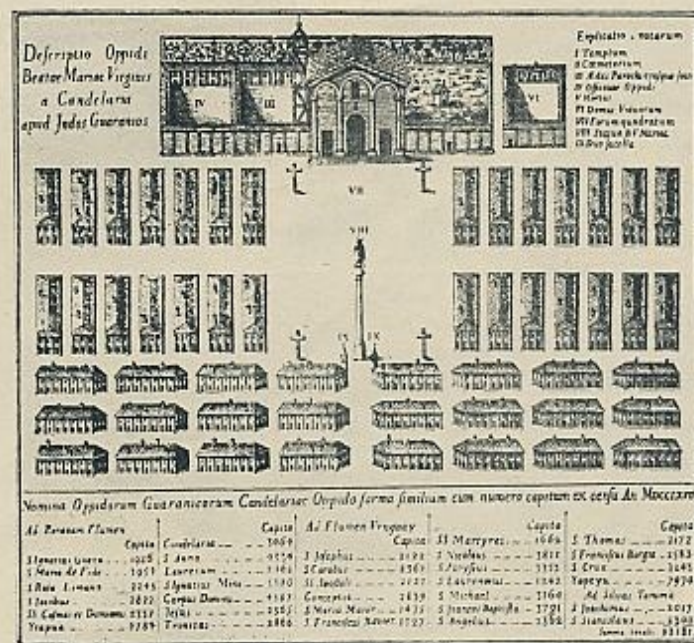
Su táctica de penetración en medios que les son hostiles y ce-

rrados, su habilidad para influir en minorías poderosas, el empuje y la flexibilidad de una acción cuya diversidad desafia a todo inventario, ha hecho germinar la leyenda del jesuita retorcido e intrigante que persigue no se sabe qué ensueños de dominio.

Durante largo tiempo se ha explotado contra ellos (y aún se explota) un libelo titulado *Monita secreta Societatis Iesu*, urdido con inconfesables intenciones vengativas por un tal Jerónimo Zanorowski, jesuita polaco expulsado de la Compañía hacia 1610. De dar crédito a sus fantásticas elucubraciones, la Compañía de Jesús estaría movida por unos cuantos hombres poseedores de terribles secretos, ligados entre sí por tremendos juramentos. Sus «instrucciones secretas» se resumen en dos máximas: 1) Sacrificarlo todo, desde Dios hasta los hombres, pasando por el cielo y la propia alma, al bien temporal de la Compañía. 2) Emplear toda clase de medios a fin de llegar a la dominación universal. A partir de estas simplezas, los novelistas, la historia de vía estrecha y el público rumor han encontrado siempre el placer de fabricar una reputación para los jesuitas.

Imposible enumerar los crímenes, los asesinatos —reales o frustrados— anotados en su cuenta: Enrique IV, Isabel de Inglaterra, José I de Portugal, Guillermo de Orange, Gustavo-Adolfo, Abraham Lincoln... habrían los unos sucumbido a sus golpes, los otros escapado por pelos de los matones armados por ellos. Pero se les endosan delitos aún más grandiosos. En 1874, ante el Reichstag, Bismarck les hace públicamente responsables nada menos que de la guerra de 1870: «Puedo aportar las pruebas de lo que afirmo», declaraba. En julio de 1914, Jean Jaurès, la víspera de su muerte, comentando el ultimátum de Austria a Serbia, que iba a desencadenar la Guerra Europea, dice a su colega Bedouce, diputado y alcalde de Limoges: «¡Esto es un golpe de los jesuitas!».

¿Acusaciones delirantes? Sin duda. Pero todo humo tiene su origen en algún fuego, y la acción secular de la Compañía de Jesús, la degeneración demasiado frecuente de su mística en política no podían por menos de excitar la imaginación de sus adversarios, a los que, por otra parte, nada les costaría recordar que nadie ha censurado jamás a los



Diseño de la reducción de Candelaria, para los indios guaraníes, proyectado por un jesuita. En él se indican: (1) la iglesia, (2) el cementerio, (3) la morada del párroco y de sus compañeros, (4) las oficinas del pueblo, (5) la huerta, (6) la Casa de las Viudas, (7) la plaza, (8) el monumento a Nuestra Señora y (9) las dos capillas. El autor, buen conocedor del clima y necesidades de habitabilidad, consigna un piso bajo y otro alto, que es un desván destinado a hacer las casas más confortables en el verano.

# Mírelo bien... ¡Es distinto!

¿Sabe Vd. que MELIS-TIGRE  
es el zapato español de caballero  
que llevan los hombres  
que "pisan fuerte"  
en 33 países?



Ahora  
MELIS-TIGRE  
presenta en España  
los mismos modelos  
que crean la moda en Europa.

este es el New look de Europa en mocasines bajos

**TIGRE** MELIS

con el prestigio de Calzados MELIS MARQUES de Inca (Mallorca) y LOPEZ HINOS, de Pamplona.

# Los Jesuitas

jesuitas con más elocuencia y vigor que su propio general. En efecto, a finales del siglo XVI, el padre Acquaviva levanta la voz para todos sus hijos: «Bajo el especioso pretexto del bien de las almas, se mezclan en asuntos interiores, se insinúan en las cortes de los príncipes y cerca de los grandes; pero su verdadero móvil es el amor a sí mismos y a las cosas de este mundo».

## Cincuenta y seis veces expulsados

Para trazar un balance ecuánime de las actividades de la Compañía, es necesario recordar que los jesuitas jugaron un importante papel en la Liga; que se vieron implicados en el «Complot de la Pólvora», destinado a hacer saltar a Jacobo I, a los ministros y al Parlamento británico; que se encarnizaron contra los jansenistas; que transformaron la Francia de Luis XIV en una sacristía; que están muy lejos de haber sido ajenos a la revocación del Edicto de Nantes y que, sosteniendo obstinadamente el trono y el altar, se mantuvieron durante todo el siglo XIX en el campo de la intolerancia y de la reacción.

Han sido expulsados cincuenta y seis veces de diversos países donde ejercitaban su actividad, a veces en lo piadoso, otras en lo francamente temporal. Los jesuitas han sido expulsados lo mismo por reyes que por republicanos, por Bismarck o por Combes. Y, colmo de todas las ironías imaginables, se encontró un Papa que disolviera la Compañía de Jesús, medida tan extravagante como si el emperador suprimiera su propia guardia real. Extractamos del breve que Clemente XIV promulgó el 21 de julio de 1773: «Nos hemos reconocido que la Compañía de Jesús no estaba ya en situación de producir aquellos frutos preciosos, aquellos importantes bienes para los que fue establecida, aprobada por tantos Papas y dotada de tan altos privilegios... Guiado por estas consideraciones y constreñido por otras razones que nos inspiran la prudencia y una recta administración de la Iglesia entera... declaramos a la Compañía disuelta».

¿Dónde se refugiaron los jesuitas tras este tiro de gracia? En la Prusia de Federico II, rey protestante, y en la Rusia de Catalina II, emperatriz cismática, que apreciaban ante todo, tanto el uno como la otra, las grandes dotes educativas de los jesuitas.

Fueron necesarias más de cin-

cuenta y seis tempestades para hacer zozobrar a la Compañía de Jesús. Volvía siempre a levantar su proa y, con viento de popa o de frente, según la inspiración del Espíritu Santo o las llamadas del mundo, reemprendía la pesca de las almas y la difícil navegación. Numerosos jesuitas aparecían en torno a Pio XII. Se ha dicho que no fueron ajenos al éxito que acompañó, a partir de 1945, en Francia, Alemania o Italia, a los partidos políticos cristianos. En una palabra, siguen figurando o, más bien, actuando por doquier.

rios, que, por lo general, se preocupan de no mencionar tales hechos.

## Cadáveres bien vivos

Acaba de salir a la luz un extraño álbum. En él aparecen, a tamaño natural y en colores, una sierra, un martillo, un mazo de madera y otras herramientas que,



En esta procesión del Domingo de Pascua, en Popayán, último tercio del siglo XIX, se advierte la influencia jesuitica: profusión de imágenes, como reacción contra la doctrina luterana, que abolía su culto.

Añadamos que se les encuentra también en los catálogos de los mártires. Despellejados por los hurones, cocidos vivos por los iroqueses, descuartizados por los abisinios, acomodados no se sabe bien a qué clase de salsa por los malgaches. Un inventario elaborado a principios del presente siglo da la cifra de novecientos sesenta y seis jesuitas martirizados. Con la aparición de los nazis, esa cifra se acrecienta en varias decenas de mártires. El uno fue decapitado por el hacha, el otro, colgado, quemado después y sus cenizas esparcidas al viento. Otros ganaron el cielo por el camino de Buchenwald o Dachau. Las chimeneas de los crematorios no tenían otra salida. Pero todo esto son puros detalles, y los jesuitas se hallan muy lejos de guardarles rencor a sus adversa-

en principio, nada tienen de especialmente sugestivo. Sin embargo, son fascinantes. «Cuando en este libro se contempla un martillo, el hecho conmueve más que cualquier otra imagen. Porque encierra todo un amor, toda una moral, toda una política» (Michel Cournot, en *Nouvel Observateur*). El autor del libro, que nos hace llegar con los ojos y el alma hasta la esencia misma del martillo, se llama Paul Feller. Desde hace veinte años, ese martillo no es para él otra cosa que una prolongación de su propia mano, una unidad, ya que Paul es forjador. Es también jesuita. Como el cardenal Daniélou. O como el padre Van Kilsdonk, que, con su blusón donde cuelga una pequeña cruz de metal, permanece sentado ante un velador de los cabarets y boîtes nocturnos de Amsterdam hasta las cuatro de la ma-

ñana. Tan jesuita como el padre Joseph Thomas, que predica la cuaresma en Notre-Dame, de París.

Porque los jesuitas de 1970 se parecen, como los hijos a sus padres, a aquellos del siglo XVI. Se les encuentra en todos los climas y ambientes, bajo toda clase de indumentarias. En París, el padre Duval trabaja por la mayor gloria de Dios rasgando la guitarra y componiendo canciones; en Mans, el padre Barré es obrero industrial; en Alemania, el padre Leppich conduce su caravana publicitaria y arenga a las masas en las plazas públicas; en Montreal, el padre Aquin trabaja como taxista; en el Japón, el padre Teuvers (alemán), autor de una obra teatral nipona, la representa en Kabuki (haría falta conocer el teatro japonés para poder apreciar este hecho en todo su valor). En los Estados Unidos, el padre Magnan esculpe, pinta y realiza investigaciones sobre «el obstáculo artístico en los dominios de la escultura». En Delft, Países Bajos, el padre Krekelberg estudia los problemas de la circulación en carretera y preconiza una reforma del código; el verano pasado, a bordo de un velero en el que había reunido a estudiantes de ciencias y a jóvenes obreros, el padre Jaouen navega por el canal de la Mancha y el Atlántico... Será mejor interrumpir esta enumeración: los jesuitas son todavía más de treinta mil.

Si les seguimos uno por uno, llegaremos, tras ellos, a los lugares más inconcebibles: el uno es inspector de la enseñanza de la Filosofía en una república cuyo régimen es revolucionario y el pueblo musulmán. La experiencia nos llevaría, igualmente, a los grandes organismos internacionales, porque jesuitas hay tanto en el seno de la ONU como en la OIT, lo mismo que en las prisiones o campos de trabajo, ya que muchos de ellos permanecen aún tras los telones de acero o de bambú.

Cabe preguntarse si, a la vista de personalidades tan dispares y de tareas tan variadas, es posible delinear el retrato del jesuita contemporáneo sin incurrir en la caricatura o el mito. Pero tal vez sea mejor definirlo a partir de las virtudes y cualidades que la Compañía exige a sus candidatos. ■ J. E.

Copyright «Le Monde Diplomatique», FIEL y TRIUNFO.

En el próximo número:

LOS JESUITAS EN LA HORA DE LA CONTESTACION (II):

¿SE ACABO LA OBEDIENCIA?